

Insomnio extático: Una lectura batailleana del insomnio en Levinas

Ignacio Moreno Fluxà
Magíster (c) en Pensamiento Contemporáneo,
Filosofía y Pensamiento Político
Instituto de Filosofía, Universidad Diego
Portales
ignacio.morenof@mail.udp.cl

Resumen: Este trabajo apunta a explorar el concepto de éxtasis en Bataille y establecer una vinculación con el tratamiento que Levinas hace del insomnio en *De la existencia al existente*. Nuestro objetivo es mostrar cómo la idea de insomnio en Levinas puede leerse como una experiencia extática en Bataille.

La convergencia entre el éxtasis y el insomnio se expresa no solo en el uso de figuras similares al describir aquello que no halla registro posible en el lenguaje, sino también en el concepto que queda delineado entre líneas tras estos dos movimientos. Ambos aparecen como experiencias nocturnas a las que el sujeto es arrojado tras ser asido por un tercero. Oprimido por su propia suspensión, el sujeto se halla en el desborde vertiginoso de una salida de sí que lo sitúa frente a la alteridad inacabada en un encuentro que aniquila las identidades, pero sin una fusión en una entidad superior.

Palabras claves: *Bataille, Levinas, éxtasis, insomnio.*

Con distintos matices y en tonos diversos, el concepto de éxtasis se asoma en numerosos escritos de Georges Bataille, dando, con ello, cuenta del hecho de que se trata de uno de los focos prominentes en su obra filosófica. Nos proponemos aquí explorar dicho concepto y establecer una vinculación con el tratamiento que Emmanuel Levinas hace del insomnio en *De la existencia al existente*. En particular, el objetivo de este trabajo es mostrar el modo en que la idea de insomnio en Levinas puede

leerse como una experiencia extática en el prisma batailleano.

En una primera sección abordaremos la noción de éxtasis en Bataille, que será delineada principalmente a partir de dos textos: “El culpable” y “Madame Edwarda”. En la segunda sección, en tanto, se esbozará la idea del insomnio que Levinas desarrolla en el apartado “El insomnio” de *De la existencia al existente*, introduciendo, en esta lectura, los lugares de encuentro con Bataille, enfatizando en ello el carácter extático de la experiencia insomne, para lo cual desplegaremos elementos adicionales de la lectura del éxtasis batailleano. Finalmente, la última sección presenta las principales conclusiones del trabajo.

I. El éxtasis batailleano

Rastrear en Bataille una idea de éxtasis que responda a los imperativos formales de una conceptualización *acabada* no es tarea fácil, precisamente porque el propio éxtasis no conforma una experiencia acabada. Por ello, solo es posible identificar pinceladas difusas mediante las cuales Bataille va delineando esta noción. Aunque pueden hallarse estos trazos en varios de sus textos, aquí nos centraremos en dos: aquellos contenidos en “El culpable” y “Madame Edwarda”. Estos dos trabajos de Bataille nos proporcionarán las claves para una posterior lectura del insomnio como experiencia extática en Levinas.

Para evitar un inicio demasiado etéreo, cabría aventurar una definición del éxtasis en su contraste con el misticismo. A diferencia de este último, “cuyo horizonte es promesa de luz” (Bataille, 1981: 21), el éxtasis aparta toda esperanza. Es decir, el éxtasis corresponde a una salida, una búsqueda sin destino, sin consecución. Así, si la experiencia mística “se logra plenamente”, “[e]l exceso erótico [–una de las formas del éxtasis–] desemboca en la depresión, en el asco, en la imposibilidad de perseverar, y el deseo insatisfecho completa el sufrimiento” (*ibid.*: 21). Por ello es que

cuando Bataille dice que “de lo que estoy, en cierto modo, sediento es de arder: sufro por no arder a mi vez hasta el punto de aproximarme a la muerte de tan cerca que la respiro como el aliento de un ser amado” (*ibid.*: 20) debemos tener precaución con las sutilezas que esto supone. Podemos ilustrar el punto contrastando este caso con el misticismo de Teresa de Jesús, quien en uno de sus poemas más difundidos –citado sin referencia por el propio Bataille (*ibid.*: 22)– da cuenta de una salida cuyo horizonte es la comunión con un Dios que garantiza la completitud:

*Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero*
(Teresa de Jesús, 1986: 233)

La búsqueda esperanzada de la mística aparece también explícitamente líneas más adelante:

Sólo con la confianza
vivo de que he de morir;
porque muriendo el vivir
me asegura mi esperanza;
muerto do el vivir se alcanza,
no te tardes que te espero,
que muero porque no muero
(*ibid.*: 233-234)

Bataille, en cambio, esboza un ardor extático mediante el cual se *aproxima* a la muerte, pero tal como ocurre en la proximidad al aliento del ser amado, no hay completitud en una unidad cerrada que constituya el horizonte de tal experiencia. Es por ello que “[e]l mismo silencio equívoco del éxtasis es en último extremo inaccesible” (Bataille, 1981: 16), y el éxtasis se configura, así, como un deslizamiento vertiginoso que se vuelca hacia lo ilimitado (*ibid.*: 14), “a la espera de nada” (Bataille, 1974¹: 27).

La aproximación a la muerte de la

que habla Bataille también aparece en el momento en que Madame Edwarda, disoluta, “emanaba un frío de aurora, una transparencia en la que yo leía la muerte” (*ibid.*: 29). Nuevamente aquí no es la muerte que se consuma como clausura decisiva de la búsqueda del sujeto, sino la proximidad a ella mediante la transparencia gélida de Edwarda. Ella representa también el arrojamiento irrefrenable a esa salida desmedida, al desborde propio del éxtasis que embelesa y deslumbra ominosamente al narrador que ha de quedar suspendido: a la vez colgado y relegado de sí mismo.

El éxtasis es, entonces, pérdida, es ir más allá de lo posible sin encuentro con una unidad de clausura; nace de la “completa imposibilidad de detenerse” (*ibid.*: 27). Un ser incompleto –Bataille parte de la base de la incompletitud²– sale de sí sin buscar completarse, sin deshacerse en comunión con el otro. Conforman un movimiento sin proyecto; acción improductiva cuyo resultado no constituye, por lo mismo, un producto en el que el sujeto pueda reconocerse. El éxtasis es, por ello, alienante, y quizá de ahí que el narrador de “Madame Edwarda” confiese que “desgarrado y descompuesto, experimentaba un movimiento de poder, a condición, al volverme malo, de odiarme a mí mismo” (*ibid.*).

En el movimiento extático, el ser se encuentra con un otro también incompleto, abierto, herido. En el encuentro con el otro, se aniquilan las identidades, pero sin que haya, como en el misticismo o en una dialéctica, fusión en una entidad superior. Así, “[e]l éxtasis es *comunicación* entre dos términos [...], y la comunicación posee un valor que no tenían los términos: los aniquila —de igual modo, la luz de una estrella aniquila (lentamente) a la estrella

¹Las citas de este texto corresponden a traducciones propias.

²“No hay ser sin fisura”, dirá en El culpable (Bataille, 1981: 32).

misma” (Bataille, 1981: 39). Y como ya adelantamos, “[e]l inacabamiento, la herida, el dolor [es] necesario para la comunicación. El acabamiento es su contrario” (*ibid.*). En ese inacabamiento constitutivo, el éxtasis es también un deseo insatisfecho, una salida de sí que no haya consuelo; sujeto visceralmente herido que comparte su llaga con la alteridad también inacabada que llega a su encuentro.

II. El insomnio como experiencia éxtatica

Hemos de confesar, antes de abordar la cuestión del insomnio en Levinas, que este escrito fue gatillado por un pasaje específico de “El culpable”, que iluminó el vínculo que aquí buscaremos esclarecer entre el insomnio y el éxtasis. Será útil, por ello, tener presente este extracto en lo que sigue. Dice Bataille refiriéndose, sin decirlo, al éxtasis: “Una especie de oscuridad alucinante me hace perder lentamente la cabeza, me comunica una torsión de todo el ser tenso hacia lo imposible. Hacia no se sabe qué explosión cálida, florida, mortal..., por la que escapo a la ilusión de relaciones sólidas entre el mundo y yo” (*ibid.*: 20-21).

En “El insomnio”, Emmanuel Levinas esboza la siguiente escena: cae la noche e invocamos al sueño, al dormir que completa al día, el descanso que restituye la energía necesaria para enfrentar la cotidianidad y que nos cobija en las horas de oscuridad. Pero el sueño no llega, “el sueño se sustrae a nuestras llamadas” (Levinas, 2000: 89), y nos vemos enfrentados al peligro de la oscuridad temida. El insomnio constituye una vigilia obligada, sin objeto, en la cual “[e]l hecho desnudo de la presencia oprime: está un apegado al ser, apegado a ser” (*ibid.*). Este hecho desnudo, presencia opresiva, es “el hecho universal del *hay*, que abarca las cosas y la conciencia” (*ibid.*). He ahí el peligro de la noche: el *hay*, el ser sin más, la inmersión en “el inevitable y anónimo rumor de la existencia” (*ibid.*). Y es que el estado de vigilia

implica no solo la ausencia de objeto, sino también —y por lo mismo— la disolución del sujeto, la difuminación de los límites entre afuera y adentro.

De inmediato saltan a la luz los muchos elementos de la escena descrita por Levinas que evocan el relato de “Madame Edwarda”. Ilustremos uno de ellos a partir de un primer punto interesante de “El insomnio”: el hecho de que el sueño *llega, adviene*. Así, el insomnio “[e]s el retorno mismo de la presencia en el vacío dejado por la ausencia” (*ibid.*) del *yo* que se sustrae como consecuencia del sueño que no arriba. El sueño se presenta aquí, por lo tanto, como advenimiento, como algo que debe ser invocado y que llega de otro lugar. El insomnio está entonces más allá de la voluntad, pues depende de que el sueño no responda a las llamadas del propio sujeto. Se puede leer aquí una falta de agencia del sujeto que es anterior al insomnio, una cierta impotencia del sujeto que lo vuelve más bien objeto del sueño advenedizo, sobre el que no tiene control; impotencia que, una vez que el insomnio lo somete a la contemplación obligatoria del *hay*, se vuelve la suspensión radical de su condición de sujeto. Así, el tránsito del día a la noche del insomnio es menos disruptivo que lo que una primera lectura podría sugerir, pues si lo que caracteriza al insomnio es la disolución del sujeto, no es menos cierto que ya en el día ese sujeto estaba atravesado por una impotencia que solo el arribo de la noche pone de manifiesto: no *puede* decidir dormir, no tiene la última palabra sobre su sueño. Para insistir en el punto, el sujeto es ya, de cierta forma, objeto en el instante en que debe invocar al sueño, como quien pide refugio a otro que es, en último término, quien decide si la noche será a la intemperie o no.

Tal vez sea la misma opresión del hecho desnudo del *hay* lo que lleva al “gran malestar” (Bataille, 1974: 20) que siente el narrador de “Madame Edwarda”. Asimismo, similar a lo ilustrado en “El insomnio”, el narrador alude al hecho de que “¿en el tumulto y las luces, la noche caía sobre mí! [...] Todo

había desaparecido [...] Sólo la noche...” (*ibid.*). Análogo al caso del insomnio, la opresión llega de algo que desciende desde fuera de la voluntad del sujeto. La noche cae y lo invade todo –es el invasor que no puede ser desgarrado (Levinas, 2000: 89)–, todo desaparece y se vuelve la noche opresiva, que genera malestar. Los intentos de resistencia son inútiles: “pensé en vacilar pero caminé” (Bataille, 1974: 23), y en ese caminar “una oscuridad de muerte caía de las bóvedas” (*ibid.*: 25), la oscuridad de la muerte vaticinada del sujeto, quien, “[s] in haberlo pensado un instante, ‘sabía’ que un tiempo de agonía comenzaba. Aceptaba, deseaba sufrir, ir más lejos, ir, aunque fuese abatido, hasta el ‘vacío’ mismo” (*ibid.*). Pero aun ese deseo es trasgredido más adelante por “las contorsiones de Edwarda”, que “me arrancaban de mí mismo y me arrojaban a un más allá negro, sin piedad, como se le entrega el condenado al verdugo” (*ibid.*: 27). Si la noche solo conformaba el escenario advenedizo en que luego tomaría lugar la opresiva salida de sí del narrador³, Madame Edwarda se encarga de arrebatarse todo ápice de voluntad al sujeto, arrancándolo, en fin, de sí mismo y arrojándolo a la negritud opresiva del *hay*, verdugo garante de la muerte de su subjetividad. Madame Edwarda es quien tiene la última palabra sobre el arribo del sueño o la noche a la intemperie, en *suspensión*.

Abordemos ahora ese punto: la suspensión del sujeto. El insomnio supone una vigilia que además de inevitable es anónima, de modo que “sobrepasa el fenómeno que supone ya un yo, y que escapa por consiguiente de la fenomenología descriptiva” (Levinas, 2000: 91). La vigilia disuelve la dicotomía sujeto-objeto y con ello “[e]l yo es arrebatado por la fatalidad del ser” (*ibid.*: 89), por el *hay* propio del insomnio. Es presencia en la que el sujeto no es protagonista,

en la que no hay protagonistas; el hay es la disipación de todo *personaje*, usando palabras de Levinas (*ibid.*: 91). Nos quedamos sin fenómeno en el sentido tradicional del término, por cuanto no hay afectación de un yo. Ya no estamos frente al yo en torno al cual se articula la consciencia fenomenológica aludida, al vuelo, por Levinas: “En esta vela anónima donde estoy enteramente expuesto al ser, todos los pensamientos que llenan mi insomnio están suspendidos de nada. Carecen de soporte” (*ibid.*: 90). Del mismo modo, el narrador de “Madame Edwarda” queda “extrañamente suspendido” (Bataille, 1974: 21), lo que puede ser leído –también en el francés original– como el estado de un sujeto que pende en el aire en el arrebato de sí y, por lo mismo, también como el detenimiento, la puesta entre paréntesis del sujeto; su aniquilación.

Seamos explícitos, entonces, en la proximidad del insomnio en Levinas con el éxtasis batailleano. La oscuridad de la noche arriba y el sujeto, pasivo, espera el advenimiento del sueño. El insomnio y el éxtasis dependen de una voluntad externa, de una alteridad innominable –es quizá por eso que Madame Edwarda solo halla forma en la figura de Dios– que determina la suspensión o no del sujeto; suspensión que conforma tanto la experiencia insomne como la extática, en último término. La idea de herida, de incompletitud le proporciona a Bataille un soporte ontológico que no está presente explícitamente en Levinas, pero que se asoma justamente en la falta de agencia del sujeto. Por otro lado, allí donde el éxtasis consta de un desborde obscuro, visceral, repugnante y marcado por un deseo insatisfecho, el insomnio aparece definido por la opresión del *hay*, reflejo de una existencia inevitable pero que no puede ser experimentada por el sujeto, que ya no está allí, que ha sido suspendido: a la vez puesto entre paréntesis y levitando, incapaz de poner sus pies sobre la tierra y experimentar aquella vida de la que ya no es protagonista, sino testigo obligado.

³“Todo ocurre en una penumbra ardiente, sutilmente privada de sentido”, dirá Bataille en El culpable (Bataille, 1981: 20).

Es el desborde del “anónimo rumor de la existencia” (Levinas, 2000: 89), reflejado en el arrobamiento silente de Edwarda: “Estaba negra, por completo [–como la noche misma–], simple, angustiante como un agujero: comprendí que no reía e incluso, exactamente, que bajo la ropa que la velaba estaba ahora ausente” (Bataille, 1974: 24).

Ciertamente, la suspensión del sujeto suscita múltiples preguntas en el relato de Levinas, que interpelan tanto al insomnio como al éxtasis. Pues si la vigilia y el éxtasis son anónimos, ¿de quién se habla? ¿Quién es el insomne, el extático, si no hay ya sujeto? ¿Quién es el que receptor olvidado del sueño que, invocado, nunca llega? ¿A quién se dirige Edwarda? Levinas es claro al explicar, en línea con lo que podría anticiparse a partir de la discusión anterior, que “[l]a conciencia del sujeto pensante [...] es precisamente la ruptura del insomnio del ser anónimo, la posibilidad de «suspender», de escapar de ese deber de coribante, la posibilidad de tener un refugio en sí para retirarse del ser ahí” (Levinas, 2000: 89-90). Es decir, para que haya conciencia del insomnio es necesario salir de dicho estado; el narrador puede escribir del éxtasis solo habiendo salido de su *extraña suspensión*. Solo en el día podría alguien afirmar tal cosa. En la noche se duerme o, si no llega el sueño, se vela, se experimenta el éxtasis.

Hay, entonces, una *diferencia*, una distancia infinita que vuelve imposible hablar del insomnio o del éxtasis. No hay sujeto que los experimente propiamente, pues involucran justamente la disolución del sujeto. Solo podría nombrarlos quien ve interrumpida su experiencia insomne-extática, pero no es claro qué puede decir. No es claro que el narrador haya estado, en efecto, presente en tal experiencia ni que pueda, en retrospectiva, relatar la intemperie del *hay*. Dicho de otro

modo, una vez que la vigilia extática del insomne se ve interrumpida, ¿queda algo más que un olvido, que la sensación extraña de un peligro que ya pasado, pero cuya amenaza se cierne aún sobre un sujeto que, sacudido por su reciente disolución, teme un nuevo arrebato de sí?

Y sin embargo, a *alguien* le *ocurre* el insomnio, el éxtasis; alguien que no es sujeto, ciertamente, pero que de todos modos es “más bien el objeto que el sujeto de un pensamiento anónimo” (*ibid.*: 91). Porque, recordemos, “[n]o hay *mi* vigilancia de noche, en el insomnio, es la noche misma la que vela. Ello vela” (*ibid.*: 90). Ante la muerte del sujeto, y valiéndonos de un juego que la traducción al español permite, podríamos agregar en lenguaje funerario: ello *me* vela, a *mí*, al sujeto que ha cesado de ser tal y que merece, por tanto, ser *velado*. Así, el *ello* que vela es a la vez el vigía de mi experiencia de la noche. ¿Es este el luto que guarda Edwarda, ese “luto sin dolor y sin lágrimas” que luego da “paso a un silencio vacío” (Bataille, 1974: 24)?

Como último elemento de la proximidad entre la experiencia insomne y la extática, considérese que si estas conllevan la subversión de las categorías de sujeto y objeto, supondrán también la suspensión del lenguaje. Ya hemos dicho: hablar del insomnio extático no parece posible. Es decir, se trata también de la imposibilidad del lenguaje o, más bien, de su impropiedad: es el espacio en que las categorías de afuera y adentro pierden vigor, en que el interior se ve invadido por una exterioridad que hace estallar sus límites –desborde erótico, repugnante–; es el espacio ruinoso en que no quedan más que los recuerdos de un yo que ha perdido ya validez, muerto y velado por Edwarda, por Dios, quien guarda el luto que corresponde a la suspensión del sujeto. De este modo, la incomodidad que podría generar el lenguaje utilizado por Levinas, en cuanto a su recurso permanente a un *alguien* que sufre el insomnio y que de alguna manera es quien experimenta el estado de suspensión, sería precisamente, más que una

⁴Recordemos que en su propio éxtasis, Edwarda aparenta ser, “menos que un fantasma, una niebla tardía” (Bataille, 1974: 25).

crítica al texto de Levinas, el reconocimiento de la impropiedad del lenguaje para describir dicho estado. El lenguaje se queda corto, tal como para Edwarda: “Lo más extraño –y lo más angustiante– era el silencio en que Madame Edwarda permanecía absorta: para su sufrimiento, no había más comunicación posible y yo me absorbí en esta ausencia de salida – en esta noche del corazón que no era ni menos desierta ni menos hostil que el cielo vacío” (ibíd.: 26). En la misma línea es que Bataille afirma, respecto del fin del lenguaje en la muerte, que “[e]n potencia se trata todavía de un lenguaje, pero cuyo sentido –ya ausencia de sentido– está dado en las palabras que ponen fin al lenguaje” (Bataille, 1981: 16) y que “[e]stas palabras no tienen sentido [...] más que en la medida en que preceden inmediatamente al silencio (al silencio que pone fin): no tendrían pleno sentido más que olvidadas, cayendo decididamente, súbitamente, en el olvido” (ibíd.). Del mismo modo que el éxtasis aproxima a la muerte tan cerca como la respiración del ser amado, el lenguaje extático se acerca al silencio tanto como es posible sin caer de bruces en la imposibilidad que atraviesa la propia experiencia del éxtasis.

Conclusiones

Este trabajo ha pretendido, ante todo, bosquejar un relato en el cual la noción de insomnio en Levinas pueda leerse desde la experiencia extática esbozada por Bataille en “El culpable” y “Madame Edwarda”. La convergencia entre ambos movimientos queda expresada no solo en el uso de figuras similares a la hora de describir aquello que por su propia naturaleza no halla registro posible en el lenguaje, sino también en el propio concepto que queda delineado entre líneas tras esas figuras particulares.

Tanto el insomnio como el éxtasis aparecen como experiencias nocturnas a las que el sujeto es arrojado tras ser asido por un tercero –el sueño que no llega, o Edwarda–. Ominosamente, el sujeto es oprimido por

su propia suspensión; se halla en el desborde radical y vertiginoso de una salida de sí que lo pone, desde su propia incompletitud, de frente a la alteridad inacabada en un encuentro que aniquila las identidades, pero sin una fusión en una entidad superior. En el *hay*, el sujeto se vuelve objeto y se halla en la obligación de la presencia sin protagonismo: se aliena, se odia a sí mismo, no satisface su deseo. El *hay* asquea, lo tiñe todo de la negritud abismal de la noche y trasgrede el imperio del lenguaje, acercándonos, en el arrojado temerario, al silencio de la muerte. La alteridad, herida, de luto, me vela, incompleta también ella e incapaz de satisfacer su propio deseo. No hay qué decir hasta que la suspensión cese, hasta que el sueño (o el día) arriben, hasta que la sobriedad de quien regresa a sí devuelva al lenguaje su propiedad.

Bibliografía

- Bataille, G. (1974). “Madame Edwarda”. En *Ceuvres complètes, tome III*. París: Gallimard: 8-31.
- Bataille, G. (1981). *El culpable*. Madrid: Taurus.
- Levinas, E. (2000). “El insomnio”. En *De la existencia al existente*. Madrid: Arena Libros: 89-92.
- Teresa de Jesús (1986). “Versos nacidos del fuego del amor de Dios que en sí tenía”. En *Los titanes de la poesía universal*. Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte: 233-234.